



soyprovidencia

compilado de cuentos

CONCURSO LITERARIO PERSONAS MAYORES PROVIDENCIA

2017 - 2018



Compilado de Cuentos

CONCURSO LITERARIO PERSONAS MAYORES PROVIDENCIA

2017 - 2018



Providencia

Corporación
DESARROLLO
SOCIAL

índice

Compilado de Cuentos 2017 - 2018

Prólogo	5	Compilado de Cuentos 2018	27
Compilado de Cuentos 2017	6	Otoño en primavera	28
La montaña	7	Relojes y corazones	29
Tarde de otoño	8	Yo estuve ahí	30
El escaño	9	Viene el abuelo	31
Plaza Uruguay	10	La reunión	32
El siete	11	Nacido y criado en Providencia	33
Bendita vejez	13	¡Reza por mí!	34
Esperan	14	Amor en el otoño de la vida	35
El último amor de Juan	15	La camisa blanca	36
Lo que fue	16	Mi encuentro con el alzheimer	37
Hasta luego Jaime	17	El contador	38
Reminiscencias inolvidables	18	El aguacero	39
Arco iris	19	Angelita	40
Atracción	20	Mi bolsa	41
Sueño de arcoiris	21	Desde la ventana	42
Mirando el pasado	22	El sahumero	43
La abuelita y sus perras marcianas	23	Nostalgia y reminiscencias del pasado	44
Quisiera soñar	24	La montaña	45
Mi escleroterapia	25	Yo estuve ahí	46
Demasiado tarde	26	El destino	47
		El encuentro	48

“La creatividad es la inteligencia Divirtiéndose”

Albert Einstein.

“Bajo esta premisa los equipos de salud queremos incentivar la creatividad en nuestros pacientes adultos mayores, generando instancias que estimulen a desarrollar y profundizar sentimientos transversales al tiempo, pudiendo plasmar en el siguiente libro, experiencias vívidas y/o sentidas desde lo profundo del ser.

Un 28% de pacientes de nuestra comuna es adulto mayor y para nosotros es fundamental que se sientan acogidos, apoyados y autovalentes. Por eso es que como equipo de salud trabajamos día a día para mantenerlos activos.

Esta creación es producto del amor hacia la salud y hacia nuestros adultos mayores, y nace como respuesta a la necesidad de estimular un proyecto de vida, no solo entretenimiento; donde nuestras personas mayores se olviden de cumplir años... y comiencen a cumplir sueños”.

Dra. Sonia Moreno Aravena

Directora de Salud Corporación de Desarrollo Social de Providencia

The background of the entire page is a photograph of two elderly hands clasped together. The hands are weathered and aged, with visible veins and wrinkles. They are positioned in the center of the frame, with the fingers interlaced. The person on the right is wearing a white long-sleeved shirt. The person on the left is wearing a blue and white patterned dress. The background is a soft-focus view of a beach at sunset, with warm orange and yellow light reflecting off the water and sand. The overall mood is peaceful and nostalgic.

Compilado de Cuentos

CONCURSO LITERARIO PERSONAS MAYORES PROVIDENCIA

2017

-¿Necesitas algo?

El hombre volteó la cabeza sin pararse de la roca en que estaba sentado. Descubrió que un cóndor se había posado sobre otra roca detrás de él.

- No temas. Soy sólo un cóndor y me siento responsable de este lugar. ¿Necesitas algo? A tu edad no debe haber sido fácil llegar hasta acá.

- No, no necesito nada. Gracias. Sólo pensaba.

-¿Qué pensabas?

-Pensaba en el camino recorrido para llegar hasta este lugar. Desde este lugar se ve el camino recorrido. Es mucho. Llevo mucho tiempo subiendo.

-¿Cómo ha sido el camino?

-Con grandes dificultades, con quebradas y acantilados, pero también tramos fáciles, y lugares maravillosos. Ha valido la pena el esfuerzo hecho.

-¿Ha sido cómo pensabas?

- La verdad es que creí que era más difícil cuando inicié el ascenso. Muchos le temen a esta montaña.

-¿Y qué piensas hacer?

-Seguir subiendo. A eso vine a esta montaña.

-Pero cada vez será más difícil y estarás más cansado.

- Cierto, pero cada vez tendré más experiencia para enfrentar las dificultades.

- Eres muy positivo.

- No se puede escalar con éxito con una actitud negativa o temerosa.

- ¿Qué edad tienes?

- ¿Me encuentras viejo?

-Bueno, no eres joven.

En ese mismo momento el hombre se puso de pie, acomodó su mochila, cerró su parka, y mientras su barba blanca se mecía con el viento de la montaña, reemprendió el camino hacia la cima con una hermosa sonrisa dibujada en sus labios.

Es otoño las hojas cubren las calles. La brisa tibia me invita a salir.

Una vez fuera, caminé por lugares no conocidos, escoltada por robustos árboles semidesnudos, es ahí que comienzo a ver los hermosos detalles de la naturaleza.

Rayos de sol fisgando por entre las ramas aún vestidas. Palomas en escaso vuelo para conseguir su alimento. Enamorados sellando sus bocas con el beso furtivo y las hijas ayudadas por el viento formando remolinos me llevan a los recuerdos de tantos otoños de tanta vida pasada.

Las imágenes que me acompañan en el recorrido son tan contradictorias; la gente respirando con hambre el oxígeno, como para mirar hacia dentro, desnudez, abrigo, morir, renacer, alegría, tristeza y siempre los recuerdos que me acompañan en la soledad.

... y ahora aparece la melancolía solapada, riéndose de mis reflexiones, pero a pesar de todo me gusta el otoño, me deleita su paisaje dorado.

El tiempo ha ido pasando rápido como la vida misma y la tarde se acuerda de cederle el paso a la noche, es la señal del regreso.

En este instante mi cabeza descansa en la almohada y es el momento para introducirme a la real dimensión de mis sueños, los que me llevarán a la fantasía de querer renacer como lo hace el otoño.

Minina

El escaño de madera en la salida al patio está vacío. Después de la colación de media tarde, siempre se sienta en él la señora Amalia, desde su llegada voluntaria en noviembre pasado. Allí deja pasar su fantasía y su realidad, allí olvida sus pérdidas y dolencias.

Desde ese escaño, la señora Amalia atiende las quejas de los residentes e informa del estado de salud y necesidades a las esporádicas visitas que reciben. Siempre cordial, dispuesta a satisfacer las demandas de sus compañeros. Ella lo ha previsto, ella lo encontrará, ella ya tiene la solución; unos y otros la aprecian y todos están conformes con su presencia, comentarios y soluciones; hay algunos que actúan con mayor animosidad.

Hace una semana, se le escuchó discutir con las palomas; el martes movía rítmicamente su mano izquierda y cabeza mientras emitía zumbidos similares al del moscardón; el miércoles parecía recuperada al llevar el envase de yogurt al basurero; en la tarde del viernes, la escucharon tararear tangos un buen rato. Esa tarde hizo frío y la permanencia de la señora Amalia en el escaño quedó marcada por una aureola más oscura sobre el asiento.

La señora Amalia murió repentinamente el domingo. Para que no la extrañen, cambiarán la posición del escaño y así la olvidarán pronto.

En los siguientes días, sus compañeros seguirán buscando a la señora Amalia para indicarle la nueva ubicación del escaño.

Hoy está el día como para tejer refajos de lana rojo. El frío ha llegado para quedarse y, a rostro descubierto, nos recuerda que hay que pasar agosto.

Me encamino, como todos los días, hacia la Plaza Uruguay. Las calles están solitarias. Es cerca de mediodía. Los perros, que en otras ocasiones ladran desde sus mansiones, están mudos; los escolares están en clases y en dependencias interiores, las cocinas, a fuego lento, se aprestan para el almuerzo.

Traspira mi alma de soledad, pero igual avanzo. En Avenida El Bosque con Guillermo Acuña me detengo a observar. La neblina viste de misterio y blanco la plaza; parece una creación reciente de Dios.

Cuando estaba segura que solo yo era la atrevida en ese lugar, una silueta alta e inmóvil, de vestimentas amplias y amarillas, me observa desde el centro. Seguí caminando y frente a mí se fue perfilando un rostro absolutamente negro, en el que una sonrisa juvenil de dientes muy blancos, me sonríe.

No supe cómo fue, pero un abrazo nos envolvió a ambas como si lo hubiésemos estado tramando desde mucho tiempo. Ella soltó la escoba que tenía en las manos y yo la duda que me acompañaba.

Tras ese instante fraterno, me dijo en el francés de su Haití natal: “Je sui Christine”; yo, a mi vez, le contesté “Je suis Lucille” y nos largamos a reír. El hielo de la plaza se había esfumado y el silencio se había barrido entre las hojas de “Christine”.

“El Siete” se fue un día cualquiera. Era viejo ya, pero costó acostumbrarse a su ausencia. Su espíritu, sin duda, voló al cielo y ocupa un algún lugar de luz, para las almas predilectas, en el reino de Dios. Pienso que así debería ser, como un acto de justicia y compensación, dado a que su existencia en este mundo, fue todo lo abyecta y miserable que puede llegar a ser la vida de un hombre.

Vivía en el “Zanjón de la Aguada”, en una especie de casucha, las llamadas “Callampas” apiladas unas junto a las otras, como buscando algún tipo de equilibrio y sopeso en su endeble contextura de madera carcomida, cartones y trapos.

La ventana era una abertura en la madera, desde donde colgaba una tela traslúcida, para filtrar el aire y el sol. Un saco lucía de puerta: ya nada pretendía proteger, porque hasta su alma estaba vacía. Los sueños de gloria y felicidad, en este mundo y en el otro, se perdían en la brumosa lontananza del pasado. Por las ranuras de las tablas, que servían de muros, se

dibujaban hilachas de sol y entraba el vaho nauseabundo del basural en putrefacción. Sin duda, debió padecer de atrofia nasal, o acaso, ya constituía para él un peculiar olor familiar.

Su existencia transcurría en completa soledad, excepto por la fiel compañía de sus perros, tan sucios, flacos y estropeados como él, con los cuales había constituido una especie de sociedad en el mutuo desamparo, buscando su ser inconscientemente abrigo, comprensión para lo incomprensible y, especialmente, lealtad y migajas de amor.

A medida que caía trágicamente al abismo, fue perdiendo la fe en todo: lo humano y lo divino. Traicionado y olvidado por sus familiares y amigos, sin poder redimirse, perdió irremisiblemente la confianza en sí mismo. Desde entonces vivió sin religión ni ley, como un mutante; un ente incapaz de sentir emociones, como una marioneta, pero sin hilos que lo sujetasen.

Tirado en un jergón, fumaba o dormía, sin pensar

en nada ya. Sólo en cómo procurarse “la cañita” que le exigía su cuerpo.

Su oficio era el de “ropavejero”. No tenía patrón; su único bien era un carretón destartalado, con el cual recorría la vecindad, en busca de la “mercancía”. Su voz era familiar: “¡Ropa Vieja, diarios y botellas comproooo...!”

Los perros de las casas del barrio saltaban de júbilo al sentirlo, en el colmo de la alegría. Lamían sus calamorros y danzaban a su alrededor alborozados. El Siete sabía conquistar a la especie canina; el afecto de la especie humana, sin duda, ya no le interesaba. Querendón de los animales, su rostro se transfiguraba, y las profundas líneas, de cansancio y dolor, transparentaban, entonces, verdadera ternura.

Sus compañeros de oficio le decían “El Siete”. Contaban, que tiempo atrás, fue sólo un número, el número “Siete”, con el cual lo identificaron en el penal. El Siete había cometido un crimen, según decían, “por defensa propia”. Una historia teñida de rojo, infidelidad y traición. Había pagado la condena y salió en libertad años después. Su familia lo repudió y no le perdonó la deshonra. Así fue como cayó en lo profundo del infortunio, sin aliento para escalar a la superficie, y se perdió para siempre en el tráfigo del submundo de la sociedad.

En cambio, no perdió cierto aire distinción, que lo hacían diferente a los demás “cumpas”, que a veces lo

acompañaban, no obstante, los andrajos que cubrían su endeble figura: zapatos deformes y sin color, in raído paletó y una ajada boina sobre los ralos y grises cabellos. Sus rasgos eran simpáticos, aunque, en conjunto, resultaban lastimosamente cómicos, como los de un payaso barato.

Su trato era amable_ “Señora, el perrito dice que hay algo para llevar”_ decía sonriendo y sacándose su vieja boina. Trabajaba sólo en las tardes, hasta el crepúsculo, sin mirar el horizonte, que ya no existía en su realidad.

Un día desapareció del barrio y nunca más supimos de él. Seguramente, se quedó dormido, en un sueño profundo, tan profundo como la eternidad.

Merecía morir soñando.

Irma

Con la sabiduría que les dan los años
van recorriendo la vida
viviendo el tiempo en “presente”
sin olvidar lo que han sido.
Viajan de día y de noche
por insondables caminos
con valijas de recuerdos
y maletas de mucho olvido.
En sus rostros se reflejan
todos los años vividos
de alegrías y de penas
silencios y sueños dormidos
que quedaron a la espera
en algún desván sombrío.
Si la vida les ha golpeado,
se han sabido sobreponer
y de eso nada más quedan
leves surcos en la piel.

Los dos ancianos están de aniversario de matrimonio.

Se casaron hace 70 años

Deciden celebrarlo solos en la misma playa donde otrora pololearon, por lo que toman el bus de siempre a Cartagena

Llegan al balneario y demoran 45 minutos en bajar descalzos lentamente a la playa.

Siempre tomados de la mano, paso a paso.

Cerca del mar se sientan en una roca y esperan pacientemente a lo que han venido, la puesta de sol. La misma de entonces, hace 70 años.

Esperan y esperan.

Tomados de la mano esperan.

Comen huevos duros que ella ha traído en una canasta floreada pequeña.

Esperan y esperan.

Tomados de la mano, esperan

Durante toda su vida han esperado.

Es lo que mejor saben hacer.

Seudónimo: Pelusa

Juan vio pasar a Margarita del brazo de un hombre más joven que él.

Humillado, retrocedió, sintiendo que su última ilusión caía rota en pedazos.

Un dolor agudo le atenazó el corazón.

¿Qué me queda ahora sino esperar la Muerte? – suspiró, dejándose caer en un banco del parque.

Al rato, vio llegar a una linda mujer.

-¿Me esperabas a mí? – le preguntó ella con coquetería.

-La verdad es que no. Esperaba a la Muerte.

-¿Y quién crees que soy yo?

-Pero, si eres tan joven y hermosa...

-Yo nunca envejezco ¿Y por qué no iba a ser hermosa? La Vida también lo es y somos hermanas gemelas.

Lo tomó suavemente del brazo y juntos caminaron en la luz dorada del atardecer.

Lily-Ann

Trataré de traspasar al papel, imágenes de las palabras que un día me contaron.

Ante la alarma de una guerra que se veía venir, Europa estaba convulsionada. El matrimonio Petrovic tenía dos hijos, el mayor había fallecido por una peste, y Vinko el menor: al que por temor, y después de muchas dudas, con el dolor que significaba para ellos, decidieron alejarlo antes un posible conflicto, enviándolo a un país distante y desconocido llamado Chile, donde residía un tío – que poco o nada sabían de él-. Lograron comunicarse, anunciándole la llegada de este niño para que lo recibiera, y le diera su apoyo.

Vinko estaba deshecho, antes la decisión irrevocable de sus padres.

Viajó durante treinta días en barco, arribó a Antofagasta, donde se suponía que lo esperaría su tío.

El no fue habido.- Después se supo que se había ido tras de una joven a Panamá- El muchacho estaba desolado sin saber el idioma y sin saber adónde ir... Un yugoeslavo de la zona lo encontró perdido en el puerto, llorando; hablaron su propio idioma; fue su hijo, a su lado se hizo hombre.

Se casó con una joven nortina.

Él fue mi suegro...

El paisano que lo acogió fue el padrino de su boda y padrino también de su primer hijo, quien fue mi esposo...

De él quedan seis nietos y cuatro biznietos. – Y yo su nuera de noventa años.

La vida fluye como un río y el tiempo va marcando los acontecimientos que ya no se podrán rebobinar...

Hoy te decimos adiós,
Con pena y mucha alegría,
Porque nos dejas muy solos,
Al marcharte con María.

Ya sabemos que te vas
Al cielo tan esperado,
Y con tu vida nos das,
Al cuarteto tan amado.

Hoy recordamos tu historia,
Joven de catorce años,
Y nos viene a la memoria,
La fidelidad de santos.

Cuando supo que tenía,
Una vocación tan grande,
Corriendo acudió a María
Para que Ella la guarde.

Con su Cuarteto querido,
Por todo el mundo corría,
Predicando el Evangelio
De la mano de María.

Y así entregó su vida,
Por los cinco continentes,
Su gran familia querida,
Para bien de mucha gente.

Ya termina su misión,
Porque se apaga su vida,
Predicó con tal pasión,
Que el cielo le da acogida.

María de los Angeles Moreno Moreno.

Caminando por el Parque Forestal, sentí nostalgia al recordar sucesos del pasado. Observé los árboles envejecidos, me devolví a la infancia, cuando junto en familia, paseábamos, disfrutando, paisaje y vegetación exuberante.

Sucedió una tarde de noviembre, habían transcurrido veinte años. Asistí a la reunión juvenil, donde se produjo el encuentro e inicio del gran amor que nos regaló la vida.

Revivo imágenes de nuestra unión en la iglesia, engalanada con rosas y claveles. ¡Qué alegría sentir al pequeño acurrucado en mi pecho, mientras embelesado, tú nos acariciabas con la mirada!

Evoco con ternura cuando descubrí “hebras de plata” asomadas en tus sienes.

Nuestra preocupación más importante: entregar afecto, bienestar, educación, valores esenciales a futuro. Afortunadamente ellos alcanzaron metas conquistadas.

La llegada de nietos completó la dicha al verlos crecer, entregarles cariño, mimarlos, encubriendo muchas veces sus travesuras infantiles.

Retorno al presente, es febrero, el sol derrama calor intenso, algo ideal para escapar hacia la refrescante brisa marina.

Han pasado... cincuenta años... hoy celebramos... “Bodas de Oro” no existen palabras en estos momentos... somos espiritualmente, soñadores... a pesar que ya no tenemos energía de juventud. Nuestros pasos son lentos, la ayuda es mutua, paliamos dificultades inherentes a fases que estamos descubriendo. Te apoyas en mi brazo al caminar... yo depende del optimismo demostrado a pesar de dolencias que padeces.- Frente al sacerdote que bendice, reafirmando solidez de nuestro enlace, fijas tu mirada en mi rostro diciendo con ternura:

Gracias por afecto, paciencia y dedicación.-

Emocionada, logro susurrar: amor ¡Feliz Aniversario! –

¿Cómo es el arcoíris? Pregunta Rodrigo, mientras caminamos por el largo sendero polvoriento.

¿Cómo pueden surgir colores tan hermosos de las gotas de agua pura?

-Es la luz y el agua, le contesto mientras contemplo el arco iris, que atraviesa el cielo.

La luz es una hada mágica que transfigura las gotitas en anillos de colores.

Rodrigo sonríe.

Lentamente el arco de luz se va esfumando en el cielo.

Y el viento liviano del camino nos envuelve.

"La esperanza es el sueño del hombre despierto"

El aroma me invadió. Perpleja me quedé contemplándolo. Sonrió y se acercó a mí. Era un hombre alrededor de treinta y ocho años, piel tostada, estatura media y una sonrisa cautivadora. A medida que se acercaba mis sesenta y cinco años comenzaron a pensar en mis piernas. El aroma delirante se hacía cada vez más intenso y me envolvió una nube de fragancia con olor a playa, a coco, a no sé qué, y cuando me vine a dar cuenta estaba sentada, a su lado, en el living de la casa de su mamá, según me contó, con un whisky on the rocks en la mano y una risa nerviosa que no podía controlar.

Me pregunté varias veces ¿qué hacía yo ahí? Con ese hombre que podía ser mi hijo. Pero su fragancia inundaba el aire y no pude responderme. Las horas pasaron volando entre sus brazos.

Esa noche no pude pegar el ojo. Debía volver a verlo. Y así lo hice al día siguiente.

La fría mañana se me hizo eterna mientras caminaba, nerviosa, de lado a lado por la vereda frente a su departamento. Hasta que lo vi salir en un auto. Agitada corrí a su encuentro, impactada me detuve. Él, de impecable azul marino con sombrero de chofer. En el asiento de atrás, una señora de pelo blanco, le daba instrucciones.

Mentiroso pensé, maldito mentiroso. Mientras aún fluía en el aire su aroma.

Existía un desdichado pintor, no podía ser feliz. Toda su vida la había dedicado al arte y ahora, en los años dorados de su vida, continuaba siendo triste. Era su más grande dolor.

Los tonos que él deseaba para pintar sus cuadros deberían ser muy bellos. Los colores eran demasiado comunes para él. Su dilema era cómo pintar más bello.

Entonces, una noche tuvo un sueño: “Se había extraviado en un espeso bosque y de pronto se encontró con un anciano pintor. Le confesó su gran pena. Éste, luego de mirarlo fijamente a los ojos, le contestó: “La respuesta está en el sur...” Acto seguido, desapareció. El anciano, se desveló, no pudo continuar en su lecho. Se levantó y se dispuso a viajar. Fue al sur de Chile, a Chiloé.

Fue allá, en aquellos caminos interminables, entre bosques de retorcidos y caprichosos troncos, entre colgantes enredaderas y sangrantes copihues, a la orilla de mares inmensos de color esmeralda y esperó, pacientemente, hasta que llegara el momento. Y de pronto...

En medio de tornasoladas lluvias, con soles que irrumpen vigorosos por entre las nubes, se produjo el mejor y más grande arcoíris, con los más bellos colores de la creación. Entonces, corrió incansablemente hasta llegar a uno de sus extremos, sacó un enorme y afilado cuchillo y cortó un pedazo de él. Acto seguido, lo guardó como un tesoro para introducirlo en su maleta de pintor.

Desde entonces es feliz. Sus cuadros llevan los colores que él siempre soñó...

Era su primer día de clases en un gran establecimiento (Stgo-Sur). No se imaginaba lo que le esperaba. Le habían asignado 1° año básico. El alumnado todo era masculino, nada más que estos niños no habían conocido un kínder, menos un prekínder. Prácticamente de la cuna al banco escolar, en una inusual sala de clases. Casi todos lloraban y llamaban a sus madres o se hacían pipí; no sabían “avisar”. Ellos solo querían refugiarse en las faldas de sus mamitas... volver a sus casas! ¡jarrancar!!.

Me costó un mes pasar la lista del curso. Me costó hacerlos que tomaran un lápiz y escribieran la “o”. Me costó todo; pero a los 6 meses mis niños veían en mí mucho de sus mamás sabían sus nombres, escribían lo que leían. Ya no me demoré toda una tarde pasando lista. El lejano primer día quedé sin voz tratando de hacerlo. Mi paciencia tuvo su premio. De marzo a octubre el curso escribía, leía... no lloraba... estaban felices y la más feliz era yo, que en ocho meses como un milagro tenía a mis 100 alumnos leyendo e iniciando el camino para un futuro exitoso como lo fue para casi todos. (Esto ocurrió en 1946. Escuela Matte)

Alicia es una abuelita alegre, apurona, activa y distraída. Gusta mucho de cuidar y salir a pasear con sus mascotas perrunas, y además pintar bellos cuadros de intensos colores. Cuando se dedica a realizar sus hobbies, siempre está en compañía de Pretty y Nisky sus blancas, peludas, revoltosas y juguetonas perritas. Una noche mientras Alicia dormía plácidamente, sus mascotas se colocaron por la puerta del taller de pinturas, que Alicia UNA VEZ MÁS HABÍA OLVIDADO CERRAR.

Ahí pasaron ambas toda la noche al interior del taller, haciendo de las suyas y jugando sin parar, ya que, era un lugar prohibido al que nunca habían podido entrar.

Al día siguiente, Alicia, como todos los días, se levantó a preparar el desayuno de ella y sus regalonas. Al llamarlas y al ver que no aparecían, búsko y rebúsko por todos los rincones de la casa sin poder encontrarlas. Cuando de pronto escuchó a lo lejos aullidos y gruñidos que provenían justamente del taller.

Caminó apresuradamente al lugar y se encontró sorpresivamente con ambas, dejando al descubierto una gran travesura. Se habían volteado varios tubos de pinturas y acuarelas, y ellas al estar jugando y revolcándose ahí, quedaron todas ¡TEÑIDAS DE VERDE! Esto produjo grandes carcajadas al ver que sus perras parecían verdaderas MARCIANAS.

Así Alicia comprendió que debía preocuparse más por cerrar bien la puerta de taller desde ese día.

Moraleja:

“Si una abuelita menos distraídas quieres ser, con tus mascotas siempre puedes aprender”

Anoche vi la obra de teatro, “Viejos de Mierda”, me sentí en el circo rodeada de payasos que me hacían reír pero cuyas caras tristes me hacían llorar. Mientras más me reía más identificada con el tema me sentía.

A esta edad, sé que los llamados Adultos Mayores existen, también me percato que en general, no nos ven ni nos oyen dan por hecho que somos lentos y desocupados, por lo que no importa las largas esperar que debamos sufrir para obtener la atención que pedimos. Dicen escucharnos pero nuestras opiniones se convierten en desechos.

Estamos vivos, podemos discernir, entendemos lo que sucede y tenemos la esperanza de ser parte de las soluciones y no solo el problema. Se nos considera invisibles y con frecuencia incapaces solo porque somos de otra era. Olvidan que formamos y estimulamos la generación del relevo para alcanzar sus metas.

Los únicos que nos escuchan con extrema atención son nuestras mascotas, nuestros amigos y a veces algunos familiares.

Las arrugas que tenemos son externas, nuestro interior sigue siendo adaptable, con fuerza de avanzar, amar, divertirnos y trabajar. El cansancio y el hastío nos envuelven cuando somos tratados con figuras de cristal.

Sé que estamos en nuestro tiempo de descuento pero quisiera soñar que el tiempo vivido es experiencia adquirida por lo que útil para ser transmitida a futuras generaciones.

Acudí a hacerme una escleroterapia (que consiste en inyectar las venitas que aparecen en las piernas para que desaparezcan) donde un cirujano vascular prestigioso, sin soñar que iba a resultar algo jocoso.

Primero, algo andaba mal con la camilla. El cirujano, en cuatro patas, manipulaba piezas mientras yo me desvestía a plena vista porque no había vestidor. Una vez que estuvo satisfecho que la camilla no se iba a desmoronar, pudimos proceder.

Luego me dio una disertación sobre que si a un pez de agua dulce lo ponen en agua salada, se muere, y viceversa. Yo no entendía mucho el sentido del cuento, pero al agregar que me iba a inyectar sodio en los capilares, entendí que las venitas correspondían a peces de agua dulce que iban a ser asesinadas con sal.

Después del procedimiento vino el vendaje. Imagínense la escena: yo tendida en la camilla con una pierna sobre el hombro del cirujano mientras me envolvía con vendas elásticas (¿película de Fellini, ballet contemporáneo, los Tres Chiflados?) y luego la otra.

Envuelta cuan momia, caminé apenas a vestirme. Al sacar mi ropa del valet de madera se desprendió una parte, cayendo al suelo. Luego de mis abyectas disculpas, el solícito cirujano volvió a agacharse a recuperar mi ropa y rearmó el valet de madera. Una vez correctamente vestida, nos despedimos cordialmente y no fue sino hasta llegar a la casa que empecé a reconstruir la situación y lancé carcajadas descontroladas acordándome de todo lo que había pasado.

Se lo había regalado hacía años. Tras recorrer las tiendas más elegantes y distinguidas de la ciudad buscando el modelo preciso, creyó que aquello podría ser la llave de la felicidad. Pero ella nunca quiso tomarlo en serio y sólo - no bien lo hubo observado con cierta desconfianza - lo introdujo en uno de sus cajones, donde compartió el espacio con guantes y demás prendas que suelen permanecer guardadas de por vida.

Él fuera de haber preguntado dos o tres veces por el regalo definitivamente lo olvidó. Pero fue en aquella cálida noche de verano, que ella pensó que quizás pudiera ser una buena ocasión para usarlo.

Desdobló con todo cuidado el fino baby dall, que por tantos años había mantenido guardado. Luego se dirigió hasta la alacena y extrajo la botella de brandy. Se sirvió en una pequeña copa. Tras esperar algunos minutos se dirigió a la recámara familiar. A desnudez completa se calzó la sensual prenda y luego se asomó primero y después entró al dormitorio.

- Amor – llamó y luego procedió a dar unos pasos acordes al sentido de la prenda.

El anciano, que dormitaba, abrió apenas los ojos y luego se dio vuelta para seguir durmiendo.

PENOSO

Compilado de Cuentos

CONCURSO LITERARIO PERSONAS MAYORES PROVIDENCIA

2018



La cálida brisa primaveral envuelve mi cuerpo esta tarde. Los susurros del viento entre las copas de los árboles traen a mis oídos relatos de otrora.

Sentada en un banco del parque, acepto las caricias del sol en mi rostro. Entrecerrando los ojos dejo mecer los recuerdos que anida mi corazón.

Algarabía de púberes jugueteando sobre el césped. Allí están los amigos de entonces, soñando con un futuro tan lejano.

Frecuentemente nos pinchábamos con las ramas de los espinos y olíamos con placer las verdes hojas de los boldos.

¿Detrás de qué tronco de una de estas incontables palmeras salí corriendo toda arrebolada después del primer beso robado?

El césped me abrazó y en el azulino cielo las nubes formaron un “te quiero”.

Pronto ese tapiz recibió mis primeras lágrimas de decepción.

Recorriendo estos senderos fui una cacatúa más repitiendo mis lecciones para exámenes del liceo y la universidad. El piar de los pájaros era mi recreo mental.

Un sendero de bellas palmeras fue testigo de mis constantes torceduras de tobillos al usar mis primeros tacones. También cuando estrené mi trajecito sastre de profesora. Por allí transitaba de vuelta del colegio cansada, pero feliz apostando por un mundo mejor.

El camino de la vida me llevó tras trabajos, amores, viajes.

Aquí estoy de regreso en el punto de partida donde solía pensar en el futuro, ese que llegó imperceptiblemente, como un soplo.

Hoy mi piel se asemeja a las cortezas de estos árboles que guardan tantas memorias.

Mientras mi espalda se curva como hierba seca y me hago más pequeña e invisible, las palmeras, sequoias y eucaliptus se elevan alcanzando las nubes del cielo infinito. Soñaré que me alzo alto como ellos...

“¡¡Abuela, no te duermas de nuevo!!” – me despierta de mi ingenuo sueño.

Llovía la tarde en que Julio esperó a Josefina a la salida del trabajo. Estaba consciente de que ella era muy joven para él, pero no perdía la esperanza de conquistarla.

- ¡Nos pilló la lluvia sin paraguas, Josefina! ¿Me aceptaría un café?

-Es muy tarde- objetó ella.

Julio consultó su viejo reloj de cuerda, herencia de su padre:

-¡Son recién las siete!

Burlona, Josefina miró su celular.

-¡Su reloj está atrasado, Julio! Son ya las siete y media...

-Yo también estoy atrasado- suspiró Julio- No me convenzo de que ya se me pasó la hora para amar...

En ese momento, se rompió su corazón. Emitió un chasquido seco y vomitó un montón de piezas sueltas dentro de su pecho.

Desanimado, caminó sin rumbo y llegó a un local donde se reparaban relojes. El relojero estaba ocupado componiendo un enorme reloj de péndulo.

-¡Siéntese y espere un momento, por favor!

Julio se sentó y cerró los ojos. Se sentía muy cansado... Luego vio frente a él al relojero que le decía:

-¿Qué quiere que le componga? ¿Su reloj o su corazón?

-¿Qué también arregla corazones?

- ¡Relojes y corazones son casi lo mismo! Le arreglaré el suyo de inmediato...

Al cabo de un rato:

-¡Listo, señor! Le ha quedado como nuevo.

-Pero, ¿y cómo lo arregló?

-Le puse el mecanismo de un reloj cucú. ¡Ahora tiene en el pecho un pajarito cantor! Va a ver como se le compone el ánimo...

-Pero ¡usted está loco! - gritó Julio- ¿Quiere que vaya por la calle diciendo cucú cada cuarto de hora?

Indignado, se quiso parar de la silla y entonces despertó...

Frente a él estaba el relojero que le decía:

-Lo siento, señor. Su reloj es muy anticuado. ¡Ya no tiene arreglo!

Los pasillos estaban desiertos. A través de los ventanales se vislumbraba un gran punto oscuro tras la niebla matinal. Corría pidiendo ayuda. De pronto, se abren ambas puertas de una sala y sacan una camilla con un cuerpo cubierto por una sábana casi hasta el suelo.

El médico se acerca y me dice:

—Señora, lo siento, pero no tiene plasma.

—¡Doctor por favor!, ¿Dónde está la medicina moderna?, ¡Apliquen la medicina moderna!—

—Señora, lo siento, pero no - tiene - plasma.—

Mi extrema agitación me despertó. Me sentía turbada y asustada. ¿Quién era esa persona cubierta de muerte sobre la camilla? ¿Qué quería decir plasma...? Salté de la cama hacia el diccionario y éste decía: "...es la fracción líquida y acelular de la sangre".

Llamé entonces a mis cercanos, todos bien. ¿Sería entonces un aviso de que alguno de los míos estaría en peligro?

Era domingo y no tenía que trabajar; no habría podido en ese estado enajenado. Avanzada la tarde sonó el teléfono; era una de mis amigas, sin embargo, su voz no sonaba bien

—Lo siento— me dijo, lo que encendió mí alerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?, por favor dime rápido qué pasó— ya dispuesta a recibir la noticia que no quería.

—Miguel Sierra, falleció esta mañana

—¿Qué?— lancé un grito— no puede ser, explícame...

— Ayer viajó a Viña, pero con la densa neblina en la carretera, perdió el control y se estrelló— de frente contra un camión.

—¿Entonces falleció ayer?— le pregunté algo aliviada

—Ayer no, falleció esta mañana— me respondió.

—El volante le reventó el páncreas; lo operaron de urgencia en el Hospital de Viña, pero perdió mucha sangre y por más transfusiones, no resistió.

Sentí cómo corría mi propia sangre caliente por las venas de todo mi cuerpo, luego un sudor y un leve desvanecimiento...

—Falleció, porque no tenía plasma— me dije...— y yo, estuve ahí...

La decisión provocó conmoción en la familia. La Maru y el Nico lo comentaron en la escuela. El abuelo se vendría a vivir con ellos, lo que los asemejaba a sus compañeros cuyos parientes vivían en la cercanía o en las islas vecinas. Mercedes lo transmitió a las dueñas de casa que asistían al Centro Comunitario; ellas le ayudarían con las cobijas y cortinas. Sergio tiró números sobre un papel confirmando la factibilidad de la decisión; la ampliación se pagaría ocupando la embarcación para la procesión del Cristo de Cahuach.

El abuelo llevaba más de un año sólo allá en Huasco. Inculcó en sus hijos la atracción del mar. Al dejar de servir en esa Capitanía de Puerto, se quedó ahí cuando ya la familia estaba distribuida entre Arica, Nueva Zelanda y Chiloé.

Lo primero que hicieron fue trasplantar la diamela que le regaló el abuelo a Mercedes cuando nació la Maru; en el exterior de la casa, ocupaba el lugar más soleado y el viento no golpeaba directo. Con la ayuda de los Barrientos, en un fin de semana se hincaron los pilotes que soportarían el piso. Nico acompañó a su padre hasta Chelín, donde los Almonacid por tejuelas en punta para el forro y en un flete de la barcaza familiar, trajeron los vidrios de ventana y las planchas de techo desde Chonchi.

Después irían con Mercedes a buscar al abuelo.

A fines de agosto, con pieza terminada y chanco en engorda, Sergio y su lanchón trasladaron devotos desde las islas vecinas a Cahuach. Una fructífera semana entre feligreses y cofradías. Al abuelo podrán traerlo después del dieciocho.

Al verano siguiente, en la pieza nueva cuelga una foto del abuelo en uniforme acompañado de su esposa. El no alcanzó a viajar.

Enrique José Fernández.

Ahí, junto al teléfono está – un tanto manida – la tarjeta recibida hace algún tiempo. Me sorprendí al ver el logo casi olvidado, pero ¡tan conocido! del Centro de Ex Alumnos de un colegio que cerró sus puertas hace algo así como treinta años. Me recordé a mí misma esperando año a año la fecha para participar de este evento, hasta que esto y lo otro me exiliaron de este emotivo reencuentro con mi infancia y adolescencia ya ¡tan lejanas! ¿Era tiempo de volver? Mi razón dudaba, pero mi corazón respondió: ¡¡Sí!!

Así, me preparé y llegué día y hora precisos al lugar señalado. Una cuidada organización me hizo sentir acogida entre personas de diversas edades y condiciones que yo no conocía o recordaba. Una cordial bienvenida y luego se me encaminó al lugar donde se agrupaban generaciones cercanas a la mía. Ambiente y palabras eran lo esperado, predominando los “¿Recuerdas?”

Me sentí acogida, pero...entre agradables desconocidos. Hasta que alguien alzó la voz:

- Como siempre, atrasada, “Doña Ricitos”.

Miré siguiendo la dirección que alguien señalaba y, pese a todos los cambios con que nos sorprenden los años, la reconocí: ¡Eliana! Mi primera amiga, la que me consoló el primer día de clases, ésa con la que compartí travesuras (algunas bastante atrevidas) e importantes proyectos académicos y sociales. La osada que logró fama por ser la primera en hacerse “la permanente”(de allí su apodo). Ésa, con quien compartía secretísimas confidencias de amores nunca antes conocidos por la humanidad... Ésa, MI AMIGA a quien las vueltas de la vida había alejado de mí...

Temerosa, pero segura, me acerqué:

- Eliana, ¿me recuerdas?-

Una mirada sorprendida. Luego:

- ¿Eres tú, realmente? ¿Qué pasó que nos extraviarnos?

Una verdadera RE-UNIÓN.

Desde entonces, ninguna de las dos está sola.

En 1947 en el Hospital Salvador, mi madre dio a luz un varón el 21 de agosto, mi padre estaba feliz, era su segundo hijo.

Vivíamos en Pérez Valenzuela 474, en uno de los tres conventillos que había en esa calle. Mi padre era pintor de brocha gorda y mi madre lavandera. Así crecí entre sabanas y ropa ajena.

De pequeño, y sin saberlo, fui “emprendedor”.

Con mi amigo Mito descargábamos cajones de sandías, melones y cajas de congrios en el mercado de Providencia. No nos pagaban, nos regalaban fruta y dos o tres cabezas de congrio con lo que mi mamá preparaba un caldillo de congrio insuperable.

Otro “laburo” fue cuando cambiamos doscientas bolitas de cristal por dos pequeñas ruedas de goma con las cuales construimos, madera incluida, un carretoncito con el que con el que recorríamos la feria libre que está al otro lado del río Mapocho, muy cerca de TVN.

Allí ofrecíamos nuestros servicios a las señoras para trasladar sus mercaderías con aporte voluntario.

Con meses de anticipación les pedíamos a los bomberos de las bencineras nos guardaran los tarros de aceite de litro. Antes del día de los muertos, con un abrelatas abríamos y limpiábamos los más de quinientos tarros y los pintábamos de color blanco y los vendíamos como pan caliente a lo que finalmente los llevaban al cementerio general, para venderlos como floreros.

Después de la venta nos íbamos a nuestra fuente de soda favorita, nos sentábamos y le pedíamos muy sonrientes al mozo dos completos y una leche con plátano por nuca. Luego cerrábamos en la Escarcha o Foca y esta vez no comprábamos chupete de helado de cinco pesos, sino que un barquillo doble. ¡bañados en chocolate!.. Que en esa época era la novedad del año.

¡Reza por mí!

menCIÓN honrosa
2018

Con mano temblorosa y descarnada estos reglones de amargura escribo.

Sí sobre ellos se posa tu mirada, sabrás por ellos que muriendo vivo.

Y si es que no odias el innato nombre que yo en el corazón te dejé escrito con rasgos de poeta y amor de hombre, reza por mí, que bien lo necesito.

Reza por mí, que aquel viril acento que de mis labios se escuchaba un día vibrando a los acordes del contento y cantando el vivir de la alegría, como luz lejana que brilla en medio de la noche oscura.

Reza, reza por mí, que aquello ojos que mirabas ayer con embeleso hoy no son más que míseros despojos hundidos en sus orbitas de hueso.

Recuerda que yo siempre te he querido y que algo se merece mi ternura.

¡Reza por mí! No me echés al olvido hoy, que voy a habitar mi sepultura

Tu que eras tan piadosa como buena, irás a orar sobre mi tumba un día y dejarás con tu piedad sobre ella -sobre mi sitio de pena – la alegría.

Llora, si llora; porque tu alma buena consolará llorando su quebranto, que Dios supo crear por cada pena una gota de llanto.

¡Llora y no olvides lo que yo no olvido!

¡Llora y ven a mi lado, que te espero!

¡Mira que en la agonía te lo pido!

¡Mira que te lo pido y que me muero!

¡No puedo más! La fiebre me devora y obscurece en mi mente las ideas.

Mujer ven a endulzar mi última hora, que si lo haces así ¡Bendita seas!

Cuando el tiempo sepulte en el olvido mi recuerdo infeliz y mi memoria.

Reza, reza por mí, yo te lo pido, que si rezas por mí, mía es la Gloria....!!!

Mi compañero, de 54 años, se había ido para siempre, dejándome 5 hijos.

Muchos recuerdos de apoyo incondicional, enseñanzas de vida, amor y dedicación. Disfrutamos de viajes, celebraciones y vida cotidiana.

Los hijos ya maduros, algunos con más éxito que otros, en lo que el mundo considera exitoso, pero todos con una vida rica en búsqueda permanente de su destino.

Estaba jubilada desde algunos años. Había disfrutado de mi profesión, profesora de inglés.

El tiempo, ese viajero implacable que va a nuestro lado, me iba dejando plata en el cabello y debilidad física. Pero también sabiduría, serenidad.

El aprendizaje eterno de la vida que va dando frutos.

En estas circunstancias, una amiga me invita a participar en un taller de cuentos. Al comienzo escribíamos micro ficción, después cuentos cortos, crónica y poesía. Yo estaba fascinada porque siempre admiré a Rimbaud, Whitman, la Pizarnik, Huidobro, Parra, la Mistral, Neruda... siempre Neruda.

En el taller tomé contacto con un compañero en quien admiraba su espiritualidad, generosidad y la buena pluma que reflejaba en sus textos.

Él me empezó a invitar a tomar un cafecito después del taller. En otra ocasión me llevó al Cine Club, que él pertenecía. Nuestra amistad crecía en admiración, afinidad y cariño. Un día me invitó a cenar a un restaurant muy elegante. Ese día nos dijimos todo lo que teníamos guardado en nuestro interior...nos amábamos. Nunca olvidaré el beso apasionado que nos dimos en el auto al despedirnos...

Tuvimos una celebración simbólica con la familia y una ceremonia religiosa con los amigos.

Vivimos juntos desde hace tres años. Estamos disfrutando del fruto

maduro del amor. Nos hemos propuesto trascender el tiempo cronológico, aunque sabemos que este es el último resplandor.

Nedda Cárcamo Schlicht.

Cansado, tras doce horas de arduo trabajo como temporero, se encaminó a su casa. Con tantos años, su cuerpo pedía descanso. Se sentó, apoyó su espalda en las tablas de su querida mediagua y reposo. Se quitó la camisa blanca, se levantó y abrió el grifo del callejón para refrescarse intensamente. El calor secó su cuerpo. Se miró en un espejo, ordenó su cabellera y se reprochó que la camisa estuviera algo amarillenta. Tenía tres camisas: dos para el trabajo y una, la mejor, para la misa dominical. Los domingos, Juan se “pintaba”. Se vistió siempre con camisa blanca, no obstante los consejos en contrario que recibía. El fallecimiento de su esposa, ocurrido unos años antes, llevó a que su presentación personal dejara de preocuparlo, excepto cada domingo. Estaba delgado. Juan, espiritualmente, parecía feliz. En el trabajo se esforzaba cada día más. Sus caderas, sus sentidos y su respiración todavía resistían, aunque con mayores dificultados. Su vida comenzaba a apagarse lentamente. Juan dijo, al cumplir ochenta años, que “diosito” le permitía trabajar y respirar. Meses después, Juan enfermó. Su piel, con marcadas y secas grietas, sus brazos y piernas ya desobedientes, y su cansancio generalizado, acercaban su partida. Incluso, el color de su camisa palidecía. Solo y sin fuerzas, un sábado no despertó. Se quedó dormido para siempre.

Los vecinos reunieron dinero para la sepultura y para dejarlo “pintado”, porque el día siguiente... era domingo. Lo vistieron con una camisa nueva y blanca. Más blanca que nunca, como su alma tal vez. En el bolsillo de su chaqueta encontraron una fotografía de Juan junto a su mujer. Se veían sonrientes y estaban rodeados de buganvillas y rosas blancas... como su camisa. Pese a morir solo y pobre, Juan caminó por la vida bordeando la felicidad.

Era el mes de agosto, el tiempo estaba amenazante, nubes negras anunciaban que pronto empezaría a llover, y mientras miraba por la ventana, un pensamiento oscuro invadió mi mente que hacía tiempo me venía anunciando que también para mí se acercaba el “mal tiempo”. Pequeños olvidos, cada vez más frecuentes, me tenían preocupada. Yo siempre había sido una gran lectora y ya no podía leer, no me concentraba, olvidaba el nombre de los personajes y su rol dentro de la novelas. Empecé a estar más ausente, más callada, y poco a poco me sumí en un voluntario y silencioso aislamiento por cuanto no encontraba en los casilleros de mi cerebro palabras adecuadas y con sentido para poder expresarme. Mis hijos hacían esfuerzos por disimular el dolor que esto les causaba, pero en sus rostros yo veía reflejada una inmensa pena, sus sonrisas ya no eran las mismas, y confirmado el diagnóstico, ninguno de nosotros volvió a ser el mismo.

Alzheimer un depredador despiadado que devora nuestros recuerdos, nos hace olvidar lo que fuimos, lo que sentimos y lo que alguna vez nos hizo felices. Las personas amadas pasan a ser desconocidas, y ni siquiera puedes llorar porque las lágrimas no encuentran la ruta de salida.

Ya han pasado un par de años desde aquel lluvioso mes de agosto, y hoy me encuentro atrapada, encarcelada en mi propio cuerpo, con mi mente cada vez más vacía, y el Alzheimer instalado en gloria y majestad en mi cerebro. Estoy envuelta en silencio, mi voz se ha quedado muda con palabras atoradas en la garganta, mis ojos se han vuelto grises y no reconozco nada, mi mirada está perdida, mis manos cada vez más frías. ¿Esto será la muerte?, y si no lo es, sin duda es lo más parecido.

En las páginas blancas de los folios contables, va dejando día a día gravada su existencia, y con paciencia inmensa tesón infatigable, aporta su trabajo, su luz y su experiencia.

Su mundo son los libros, lacónicos y fríos, en donde esta historia del mundo numeral, de todos los vaivenes brillantes y sombríos, en cuya alternativa oscila el Capital.

Y en el proceso interno eterno de la realización, dos ciencias se combinan muy armoniosamente, la ciencia prodigiosa de la administración y aquella que se construye maravillosamente.

Y El Contador quijote, camina por la vida, hundido en el silencio del mundo creador, llevando como lanza su ciencia su partida, sin que nadie comprenda su esfuerzo su labor.

El aguacero inclemente, como hacía años no se veía y sentía, inunda la ciudad. La furia del cielo se manifiesta en trombas de agua y furiosos truenos y deslumbrantes relámpagos que estremecen las casas y los espíritus.

El viejo pordiosero, mojado a más no poder, arrastra su miseria y empuja un carrito con sus escasas pertenencias por las calles anegadas. Sabe que si antes era ignorado, ahora menos lo verán.

La infelicidad transforma su ajado rostro en una máscara de profunda tristeza.

La Casa de Acogida está a muchas cuadras de distancia, su meta es cada vez más lejana, su desesperanza aumenta... y la lluvia sigue cayendo.

Jorge Castro Hernández.

Era mediodía, Olga siempre preocupada de los quehaceres inquieta ordenaba su casa. Tenía dos hijas, un bebé de pocos meses y Angelita de cinco años, juguetona e inteligente; solía correr por el patio persiguiendo a Mono, su perro, y practicando su plática infantil. Ese día lucía un delicado vestido, mamá le había advertido no ensuciarlo. Pronto saldrían de paseo a visitar a la abuela, ella poseía una casa-quinta en donde se reunía la familia y compartían los domingos.

Angelita impaciente preguntó:

-Mami. ¿Puedo ir a jugar con Mono?

Olga distraída preparando las cosas para su viaje, aceptó pero recomendándole cuidar el vestido.

Angelita comenzó a jugar. De pronto observó una niña, sentada en la acera, de aspecto desgredado, morena, crespas. La chica pillaba unos bichos que corrían por su cabellera, los ponía en el suelo para luego aplastarlos con una piedra. Angelita atenta y extrañada por el sonido, dijo:

-Oye. ¿Te puedo ayudar? La niña asintió con la cabeza, mientras se rascaba con insistencia.

Angelita inocentemente veía los bichos moviéndose rápido para escapar de la agresión; temerosa comenzó a reventar los piojos también. Ambas parecían disfrutar. No duraron mucho haciéndolo, pues Olga salió a la puerta, al ver la escena ofuscada, tiró del brazo a su hija y reprochando a la chica quien arrancó asustada. Luego corrió al patio y lanzó a Angelita a una artesa con agua, sin dudar en su acción. A los pocos minutos la sacó y sintiendo compasión de verla con el vestido chorreando de agua y el pelo tapando sus ojos llorosos, la consoló. La cogió en sus brazos y sintiéndose arrepentida por su comportamiento, le dijo a su hija que la niña de la calle, tal vez, no tenía una mamá que la cuidara.

Angelita le pregunto: -¿Mamá y porque no la cuidamos nosotros?

-Bueno, cuando la veamos nuevamente, le daremos alguna ayuda.

Érase una vez un personaje que nació sin muchas pretensiones de sobresalir en su ámbito social... la sencillez y la humildad fueron sus premisas desde un comienzo. No gozaba de un prestigio enorme frente a sus muchas antecesoras, cuya existencia se veía necesaria e indispensable... Nada acusaba que ellas podrían ser fuertemente amenazadas a desaparecer por ésta precoz e impertinente protagonista.

No fue difícil que este humilde personaje pasara de ser una simple observadora del desplazamiento de sus adversarias a ser la principal protagonista de las tareas típicas que ellas debían cumplir. Con el pasar del tiempo, sus antecesoras se vieron obligadas a retirarse sin penas ni gloria.

Ciertamente, desde los más recónditos lugares del planeta la veían con admiración y simpatía... aspiraban con poseerla y adoptarla como su más preciada posesión. No pasó mucho tiempo en que este singular personaje entró de lleno a dominar el mercado en toda su amplia variedad... desde las ferias libres hasta las más reconocidas, provocando un caos ambiental difícil de revertir en los próximos 100 años.

Ella orgullosa y feliz recorrió todos los ámbitos de su existencia. No tuvo límites

Era tan dichosa de ser útil y dedicada que comenzó una larga y loca vida de ofrecer sus servicios en forma indiscriminada y sin límites.

De verla hermosa y elegante, especialmente cuando se dejaba llevar por las corrientes de aire a contemplarla en su triste y terrible debacle de su existencia en calles y océanos inundados de porquerías.

Hoy... este personaje es parte de una pesadilla y todos ansían deshacerse de ella, pero no logran con el sustituto que la pueda reemplazar. Su poder de penetración fue tan grande y extenso que no existe recurso alguno que la pueda igualar y que pueda cumplir con la misión de nuestro controvertido personaje.

Contemplando la Bahía de Valparaíso, desde la ventana de su dormitorio. Nahuel de 15 años soñaba con ser marino. Cotidianamente acudía hasta el muelle Prat a contemplar las lanchas y los buques.

Un día conoció a Agustín, un marino jubilado, al que le había llamado la atención ese muchacho que había visto muchas veces contemplar absorto y con tanto interés el movimiento portuario.

El anciano le preguntó si conocía el muelle de la Sudamericana, ante su negativa, le explica que está muy cerca del Prat, es poco conocido y sólo ingresan tripulantes y camiones con carga hacia y desde Isla de Pascua y Juan Fernández, además de goletas pesqueras de altamar.

Llegó el día en que ingresaron al citado muelle. Quedó maravillado con lo que había visto. Llegó a su casa eufórico y emocionado.

El joven le pidió que consiguiera un trabajo de embarcado. Agustín, que era un hombre con experiencia y de buen corazón entendió inmediatamente su deseo y se comprometió a agotar los medios para conseguirlo.

Después de varios meses, el viejo marino llegó con la buena noticia de haberle conseguido una entrevista con el Patrón de una goleta Albacorera. Éste encontró que tenía condiciones innatas, físico apto y una excelente disposición para la sacrificada vida de mar. Lo citó a presentarse el domingo siguiente.

Ese fin de semana, apenas pudo conciliar el sueño y transmitía nerviosismo y ansiedad a toda la familia. El domingo de madrugada, llegó al muelle donde estaba la embarcación atracada, esperando ser llamado,

Una vez a bordo zarparon inmediatamente mar adentro.

Con el viento y el agua salobre golpeando su rostro, lágrimas de felicidad surcaban por sus mejillas. Había cumplido su sueño de niño. Ya era un marino.

El invierno y los sahumeros, me llevan a los recuerdos.

Me parece estar en la cocina, escuchando la voz cascada de la abuela.

¡Dejen de pelear molederas, tómense la leche!

Yo y mis hermanas frenábamos rápidamente el juego de empujarnos con el codo.

Nos gustaba hacer rabiar a la abuela, ver cómo se movía su moño afirmado con horquillas.

No sé, cómo podía hacer tantas cosas a la vez, ver a sus espaldas, mientras revolvía la sopa, al mismo en la batea su mano ahuecaba como ardilla la harina.

-Era un misterio como hacía el pan-

La abuela nos quería, lo notaba en su mirada.

Hoy, estaba nerviosa, porque hojeaba el cuaderno de hojas amarillentas, en el que guardaba recetas milagrosas.

Después de revisarlo, fue al aparador donde guardaba sus hierbas, sacó muchas de ellas colocándolas en una paila de cobre, agregó brasas.

¡Haré un sahumero para prevenir la gripe!

Nos pasó la paila de arriba abajo, el humo era insoportable comenzamos a toser y a llorar como condenadas.

¡Aprieten sus narices advirtió!

Cuando terminó el sahumero, la abuela se volvió hacia nosotras exclamando ¡Jesús, María, José!

Nos reímos a carcajadas estaba toda manchada y nosotras también.

En un lavatorio hizo lejía, nos restregó el tizne a más ni poder, sin resultados.

Gracias al sahumero, estuvimos encerradas una semana, nuestro contacto con el exterior fue la ventana, nuestras amigas nos gritaban ¡tiznadas!

¡Qué manera de jugar! La abuela nos enseñó, a urdir puntos, contó historias divertidas, nos aconsejó ser buenas personas. No nos retó ni una sola vez y lo mejor de todo aprendimos a hacer pan.

No hubo gripe...

Los días y las manchas de humo volaron.

A la abuela la sorprendí varias veces sonriendo, cosa extraña en ella.

Caminaba lentamente por esa calle santiaguina donde tantos recuerdos brotaban. Los árboles a pesar de los años transcurridos parecían ignorar el paso del tiempo. La plaza también conservaba los prados verdes donde en épocas lejanas departía junto a mis hijos, nietos y vecinos. Los rosales envejecidos, encorvados, permanecían de pie indemnes, vigentes a pesar del tiempo prodigado.

Seguí avanzando deseando encontrar la casa donde viví tantos sucesos inolvidables. Un edificio gigantesco reemplazó el lugar donde antaño se alzaba en medio del barrio, moradas antiguas que continuaban estoicas, a pesar de sobrevivir a devastadores sismos. Finalmente, sucumbieron ante el gran aumento de habitantes que, según datos estadísticos, hacían necesario construir espacios en altura y así extender la ciudad que crecía a ritmos impensables.

El antejardín del inmueble exhibía una gran variedad de vegetación, flores perfumadas: rosas, crisantemos y claveles, enredaderas: buganvilia y bignonia enrolladas férreamente a las rejas de los deslindes laterales. No pude resistir la tentación de entrar a ese sitio que otrora me proporcionó tantos momentos dichosos.

De pronto, algo increíble sucedió, no había sido arrancada del jardín, era ella la Glicinia comúnmente llamada “Flor de la Pluma” con sus pétalos celestes acariciados por la brisa, se mecían cadenciosos mientras otras hojas caían en silencio.

En medio de ese entorno reviví instantes del pasado, cuando salía a regar el jardín y aspiraba el aroma de las flores agradecidas a las gotas del rocío o al frescor que yo les proporcionaba en las tardes primaverales y mañanas de verano. La visita concluyó, sin necesidad de conocer el interior de esa mole que aparte del jardín era para mí un ente extraño.

La flor de la pluma, fue el único testigo de un pasado inolvidable y feliz.

Todas las veces mi padre se despedía con un beso, antes de ir a ver el ganado en la montaña, normalmente se demoraba 2 días en arrear los animales.

Sin embargo unos días pasaron, después 2 y 3 días y mi padre no volvía, se armaron una partida para ir a la montaña, con vecinos de otros predios y muchos perros. Al final, supusieron que podía haberse caído a una quebrada o quizás tuvo problemas con pumas, muy normal en la montaña. Al final tuve que reemplazar a mi padre, en la montaña una soledad absoluta, no sé si rezar significaba conversar con el viento, el sol y las flores, y en la noche con la luna y las estrellas. Mis pensamientos iban siempre con mi padre, le pedía consejos para soportar la soledad junto a la montaña.

Por otro lado mi madre, viejita ya, trataba de ir al gimnasio del pueblo, acompañada por mi esposa y hacer algunos ejercicios buenos para la tercera edad. Sin embargo, era muy difícil y costoso subir al carro del tractor que llevaba a varias vecinas del sector... pero ella me decía... no importa hijo, esto me hace bien y tengo varias amigas... Tiempo después mi madre murió, y en la soledad junto a la montaña, le preguntaba a la luna y las estrellas si habían visto a mi padre (Salustio) y mi madre (Rudecinda). Ellos contestaban... nada más grande que el silencio... y así comenzaba a rezar, nunca pensé dejar a mi madre en un asilo de ancianos. Si es un delito maltratar a un niño del SENAME, debe ser un delito dejar a un abuelito por años sin visitas de parientes. Vuelvo a la montaña, mi amiga, ella recibe todas mis inquietudes.

En mi recorrido matutino por los caminos de la granja, una mañana soleada con el calor habitual, me senté agotada en un banco frente a la laguna.

Buscando aire fresco, brisa, movía mi cabeza en un vaivén donde apreciaba a las nubes con sus diferentes formas en medio del cielo intensamente azul.

En un momento, al acomodarme para secar el sudor que corría por mi frente, vi sobre el césped, confundiéndose entre las hojas, un pequeño bulto que apenas se movía.

Me levanté y sigilosamente, con aire de curiosidad, me acerqué. Pude observar que se trataba de un patito que buscaba respirar.

Lo tomé con mucha suavidad, entre mis manos. Movía su cuerpo pequeñito. Pensé darle respiración artificial. Volví al banco. Me senté colocándolo entre mis piernas, mientras con los dedos índices y medio le estimulaba el corazón.

Al ver que no salí de ese estado de movimientos leves, me asusté. Frente a mis ojos la fragilidad absoluta de una vida conmovía mis latidos. Salí en busca de un empleado de la granja.

En ese corto, pero eterno recorrido le hablaba al patito, le decía que tenía que vivir; lo estimulaba, le daba calor y todo mi amor. Cuando conseguí al empleado se lo entregué con todas las recomendaciones. Le expliqué brevemente todo lo acontecido.

Estaba segura que mi presencia ahí, era por él.

Así fue. Al día siguiente supe que mi labor no fue en vano y en días posteriores, sentada en el mismo banco, un animalito de suave plumaje se posó al lado de mi pie, reconociendo mi calor.

Cuarenta años pasaron desde que Isabel y Federico se despidieron en el aeropuerto de Ciudad de México. Ella regresaba a Chile después de pasar vacaciones allí. En ese entonces él era un médico mexicano recién titulado y ella una profesora chilena de literatura. El destino los juntó y se enamoraron.

Se prometieron amor eterno, matrimonio, cartas, viajes. Durante un año la correspondencia fue frecuente, nostálgica, apasionada. Acordaron que cuando se casaran Isabel renunciaría a su carrera y se radicaría en México.

Pero el destino quiso que Federico escribiera una carta sincerándose sobre el miedo que sentía ante ese trascendental paso. Isabel, que también tenía muchas dudas no vaciló en congelar el noviazgo. Se perdió la comunicación y durante 40 años la historia de amor se convirtió en leyenda.

Isabel quiso enfrentar al destino y decidió volver a México. Al llegar se contactó por teléfono con un sorprendido Federico y aceptó una invitación a cenar. Aunque ambos tenían más de 60 años, lucían estupendos, joviales, emocionados.

Él se había convertido en un exitoso psiquiatra y ella en una apreciada catedrática. La conversación fue amena y fluida. Los sentimientos no afloraron pero el ojo crítico de Isabel sí. Desde el primer saludo ella notó que un pesado y ostentoso anillo de oro adornaba una mano de Federico.

Después de cenar, aparecieron las dificultades para volverse a ver. Federico estaba siempre ocupado. Sólo una vez más pudieron juntarse y fue en su lujosa consulta, aprovechando la cancelación de un paciente. Mientras su ex-amado hablaba jactanciosamente de sus logros, Isabel miraba los zapatos de cuero de cocodrilo de Federico y pensaba qué habría sido su vida de casada con ese hombre.

Cuando Isabel regresó nuevamente a Chile se sintió aliviada, reconciliada con sus recuerdos, sin remordimientos y agradecida del bondadoso destino.

Recuerdo con ternura el primer beso
aquel que transformó mi juventud,
un roce electrizante de mil luces
que estalló como bengala en mi interior.

Éste hizo que tejiera un puente hermoso
que a tu ladera me hizo acurrucar,
eligiendo para siempre tu cariño
como el lucero que me iba a iluminar.

He caminado tanto desde entonces
pero jamás he podido yo encontrar
sensación tan dulce, pura y añorada
que logre de igual manera fascinar.

Hechizo de mis sueños son tus besos
que cálidos me llevan a volar,
es el dulce intercambio de corriente
que hacen raudas sensaciones navegar.

A veces siento que de mí te alejas
supieras cuánto entristece mi pensar!
presiento que reemplazas mi existencia
por otra inquietante realidad.









Providencia

Corporación
**DESARROLLO
SOCIAL**

www.cdsprovidencia.cl - informaciones@cdsprovidencia.cl